

### **Tercer Domingo de Adviento C2024**

El domingo de hoy tiene algo de particular. Miren la vela que hemos encendido: es rosa, diferente del color violeta que asociamos con Adviento. Miren el adorno que llevo: es rosa. Cuando la Misa se decía en latín, el tercer domingo de Adviento se llamaba “Domingo Gaudete”, es decir, el domingo de la alegría, siguiendo las palabras iniciales de la segunda lectura de hoy de la Carta de san Pablo a los Filipenses (4,4): “Alégrense siempre en el Señor; se lo repito: ¡alégrense!” También en las lecturas del día, la palabra alegría o regocijo se usa seis veces. ¿Por qué tanta alegría?

Recuerden lo que les dije el primer domingo. Estamos esperando a Uno que ya ha venido y que debe volver. Al mismo tiempo, es Uno que ya está presente en medio de nosotros no solo en los Sacramentos de la Iglesia, especialmente en la Eucaristía, en la Palabra y en los pobres, sino también en nuestros corazones. El Señor está ahora cerca de nosotros más que antes. Cada día que pasa, cada año que llega, nos acerca más que nunca a la segunda venida del Señor. Cuanto más avanzamos en edad y nos hacemos mayores, más nos acercamos al encuentro con el Señor.

Por eso, tenemos que alegrarnos y regocijarnos. Nuestra alegría no es humana, sino espiritual. Es un don del Espíritu Santo. Tiene a Dios como su fundamento. La alegría divina se puede encontrar incluso en el dolor y el sufrimiento, la pérdida y la tristeza. Como Dios es la fuente de tal alegría, es inquebrantable e inmutable. La existencia de tal alegría excede las meras condiciones humanas; su expectativa trasciende lo que nuestra mente puede imaginar; en su cumplimiento hay una sorpresa cuyo secreto de realización está solo en Dios.

Esta es la alegría que tendremos cuando veremos al Señor cara a cara. En el Evangelio de hoy, los oyentes de Juan preguntan: “¿Qué debemos hacer” para estar listos para el Mesías que viene? Juan les propuso un par de cosas que hacer. Lo mismo sucede con nosotros mientras nos preparamos para la venida de nuestro Señor. Como nos dijeron la semana pasada, hay montañas que allanar y valles que rellenar; hay caminos tortuosos que enderezar y carreteras ásperas que allanar.

Pero mucho más importante que todo esto, tenemos que prepararnos para el fuego del bautismo del Espíritu Santo. Esto significa que tenemos que abrir nuestros corazones al fuego purificador del amor de Dios por nosotros. Tenemos que creer que Dios es realmente nuestro Padre y que se deleita en nosotros. Sin esta conciencia no nos preocuparemos ni tendremos la energía para limpiar nuestras vidas. Y esto es lo que significa el Adviento: hacer las paces con Dios y con nuestros semejantes. Aquí, el Adviento adquiere una dimensión práctica. ¿Cómo?

Miremos lo que Juan dijo a sus compatriotas. En primer lugar, es sorprendente ver que en este Evangelio Juan Bautista no les propone unos ejercicios espirituales para hacer, sino más bien actos muy concretos sin los cuales su conversión hacia el Señor no tendría ningún sentido. Al centrarse en gestos tan concretos como el compartir, la justicia y la paz, Juan quiere decirnos que la fe cristiana tiene una dimensión práctica que no se debe dissociar de la espiritual. Nuestro Señor lo expresa de manera muy sencilla cuando dice que el mayor de los mandamientos es amar a Dios y amar al prójimo como a uno mismo, y estos dos son uno solo.

¿Cuáles son, entonces, los puntos de conversión que propone el Bautista? “Quien tenga dos túnicas, que dé una al que no tiene ninguna”: compartir. En nuestra cultura, compartir es

problemático. Lo que cuenta son sólo “mis problemas, mis preocupaciones, mis deseos, mi alegría, mi familia, mis hijos”. ¿Hay algo que podamos hacer para compartir esta fiesta de Navidad con los demás, especialmente con los necesitados y los pobres? ¿Cómo podemos vivir nuestra alegría sólo en la soledad de nuestra propia casa? Liberemos nuestra alegría para que sea contagiosa; compartámosla con quienes están en el dolor y la necesidad.

A los publicanos que acudieron a él, Juan les dijo: “No cobren más de lo establecido”. El problema aquí es de justicia y honestidad. ¿Quién de nosotros no se ha aprovechado nunca de los pobres, de los necesitados, de los débiles, de los ignorantes y de los desprotegidos? ¿Cuánto más severos somos con los errores y pecados de los demás que con nosotros mismos? ¿Qué pasa con el inmigrante que no tiene los mismos derechos que nosotros? ¿Podemos hacer algo en este tiempo de Adviento?

A los soldados, Juan les dijo: “No extorsionen a nadie, ni denuncien a nadie falsamente, sino conténtense con su salario”. Aquí se trata de veracidad, sinceridad y envidia. ¿Quién de nosotros no ha dicho nunca una mentira, aunque sea una mentira piadosa o pequeña? ¿Con qué frecuencia nos contentamos con lo que tenemos? Sospecho que la Navidad dejará un agujero en algunas billeteras o cuentas bancarias. ¿Podemos hacer algo?

Ahora, permítanme hacer una observación, antes de hacer una pregunta. Si han prestado atención, los habrían dado cuenta de que, cuando diferentes grupos de personas acudían a Juan en busca de consejo, él no les proponía que dejaran su trabajo o su estado de vida para buscar la santidad. Al contrario, quería que se labraran su salvación haciendo lo que es correcto en su trabajo y estado de vida. Por consiguiente, nuestro trabajo diario, nuestra empresa, nuestra familia... son el lugar de nuestra santificación y santidad. No podemos servir a Dios mejor que donde estamos, en nuestra vida diaria. Es una ilusión creer que sólo en un convento o monasterio se puede llegar a ser santo.

Ahora permítanme llegar a la pregunta que quería plantear: ¿Por qué está Juan el Bautista tan preocupado por el modo de vida práctico? Juan el Bautista quiere llamar nuestra atención sobre el hecho de que la fe cristiana no sólo tiene una dimensión espiritual, sino también una dimensión material. Estas dos no pueden separarse sin socavar la integridad de nuestra fe. Por eso, cada vez que descuidamos el cuidado de los necesitados, perdemos la oportunidad de vivir a la altura de la integridad de nuestra fe.

Finalmente, aunque Juan Bautista fue importante para el pueblo, no se dio a sí mismo un valor indebido del que tenía. Afirmó claramente que no era el Cristo. Fue humilde. Al hacerlo, nos enseña la humildad y el reconocimiento de nuestros méritos y límites. Hoy más que nunca necesitamos gentes humildes, especialmente entre quienes tienen diversos ministerios dentro de la Iglesia. Este es un punto importante, porque existe la tendencia a jactarnos mucho de nuestros dones, talentos y habilidades. Juan Bautista nos interpela para que no nos apropiemos indebidamente de los méritos y la gloria de nuestro Señor Jesús como si fueran nuestros.

**Sofonías 3: 14-18a; Filipenses 4: 4-7; Lucas 3: 10-18**



Fecha de la Homilía: el 15 de Diciembre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20241215homilia.pdf